

CNT

ORGANO DE LA CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO

Año VII Número 1.071 Madrid, sábado, 19 de noviembre de 1938

DILES QUE SIGAN LUCHANDO...

Esa fué la última frase de Durruti, la que recogió Manzana como testimonio del héroe que caía cumpliendo el deber: "Dices a los compañeros que sigan luchando..." ¡Que sigan luchando! Admirable lección. Durruti veía en la continuación de la lucha y del combate la liberación de los trabajadores y del pueblo español. Por verla se inscribió en la lucha, que era a muerte. Por defender millones de vidas que disfrutaban de pan, trabajo y libertad, consintió morir. ¡Que sigan luchando! Durruti sabía que había que seguir defendiendo el porvenir del pueblo español, pero sabía, sobre todo, que había que responder al sacrificio de todos los muertos.

Dices que sigan luchando... No tenía que acabar la frase, ni el plomo de la traición le dejaba alientos para terminarla. Tampoco era necesario. Bastaba con recordar su vida, su pasión y su muerte. Su vida fué un constante combate con el medio hostil que edificaron tiranías, privilegios y fanatismos. Su pasión era construir una Humanidad libre, eternamente libre y creadora. Su muerte le sorprendió cuando conducía soldados del pueblo a la victoria de los trabajadores. Llegó a Madrid para comenzar una resistencia que asombrara a un Mundo de cobardes. Con la resistencia edificaba la base del triunfo.

Pero sabía Durruti que la guerra resultaría larga y penosa. Que sobraría tiempo para que se desmayaran más de cuatro y para que más de cuatro también pensarán en salvar

sus intereses particulares, con olvido de los intereses del pueblo. Durruti, que pensaba tanto como hacía, veía llegar asechanzas del exterior y del interior. Y por eso le confió a Manzana: "Dices que sigan luchando..." Que sigan luchando para que nadie mine y quebrante la moral de los trabajadores que combaten y de los que producen; que sigan luchando hasta vencer o morir, que vale más una muerte digna que una esclavitud odiosa; que sigan luchando contra los falsos profetas y los falsos apóstoles, contra los que quieren poner la guerra y la Revolución a su servicio; que sigan luchando contra los que desatan enconos, rivalidades y recelos; que sigan luchando para que triunfe todo el pueblo, sin exclusivismos, sin hegemonías, sin avaricias que manchen la epopeya del pueblo a solas y que traicionen la memoria de los caídos...

De la moral que esparció Durruti con su vida y con su muerte se han nutrido los frentes y la retaguardia. Hemos seguido luchando contra todos los enemigos. Hemos de seguir combatiendo sin tregua contra invasores y traidores. Habremos de seguir peleando sin vacilación contra todos los capituladores que no quieren reconocer la razón, la justicia y la fe del pueblo español. En el segundo aniversario de la muerte de Buenaventura Durruti, un pueblo enfervorizado que mantiene su temple promete continuar la lucha hasta vencer.

Los amigos de Durruti

Los escasos hombres que dedican toda su vida de razón y energía a la acción tenaz que despierte conciencias y exalte voluntades, y que mueren ejemplarmente, ofreciendo su lección sublime a cuantos quieran llegar a la meta anhelada, dejan compañeros de ideal, amigos que siguieron su ruta tortuosa, que cayeron con él y que con él triunfaron, y amigos que sólo pueden nacer cuando ellos mueren, en ese día en que se pierden para unos pocos y emplezan a brillar, con fulgores de símbolo, para toda la Humanidad. Los amigos que trataron al héroe, al genio, o simplemente al hombre, rara vez son capaces de sentir la sublime lección de su muerte; la presienten a diario, lo ven tal cual era, lo tocan en cuanto tocan. Recordando sus virtudes y defectos, lo achican, porque darlo a conocer a Durruti el mismo día en que las balas de los tiradores seagaron su vida ejemplar. Perdió entonces, el bravo luchador la existencia material; pero ganó otra: la perdurable, la eterna, la de los héroes, que sirven de guía y espejo a los demás hombres y que se ofrecen en todos los tiempos como un ideal inmarcescible.

España no conocía a Durruti, como tampoco conocía lo que eran las ideas que él encarnaba y el Movimiento a que estaba adscrito. Para los españoles de antes de julio de 1938, Durruti no era más que un agitador, un enemigo de la sociedad, un aventurero, un delincuente. Como también eran los anarquistas, que los militantes de la C. N. T. y unos incultos, unos rebeldes, unos sistemáticos e incoercibles enemigos de cualquier orden establecido o que se pudiera establecer. Sobrevino el levantamiento militar y entonces se operó el fenómeno de que todos aquellos que eran tidados despectivamente como incontrolados, como "anarquistas", dando a esta denominación el significado peyorativo que viene rotando de pluma en pluma y saltando de boca en boca tradicionalmente, sin aguardar avisos ni consignas se lanzaron a la pelea y con su ímpetu indomable comenzaron a los sediciosos en Barcelona, en Madrid y luego, formados en columnas, fueron arrancando pedazos de tierra española en Aragón, en Andalucía y en el Norte al militarismo sublevado. Los "bandidos con carne" se habían trocado en soldados de la libertad.

Pero no es que se hubieran trocado así, de pronto. Es que lo fueron siempre. El secreto de sus luchas, de sus rebeldías, no era otro que el amor a la libertad que encendía sus corazones y formaba de ellos hogueras inextinguibles. Desde los Sindicatos, desde las encrucijadas o desde los talleres, ellos no hacían otra cosa que luchar por la libertad. Por eso cuando la rebelión militar puso en peligro de aplastar todas las libertades, tanto las pequeñas que la República había aportado, como las posibilidades de alcanzar otras mayores, los anarquistas y los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo supieron dónde estaba su sitio y cuál era su papel. No fué preciso que nadie les requiriera. No fué menos, ter que para ellos se tocara el rebato. Eran veteranos en la pelea y sabían que morir nada importaba cuando la muerte podía traer el triunfo de la Revolución.

Conseguida la victoria de Barcelona, apareció Durruti como un caudillo. Al frente de sus huestes, de "incontrolados" penetró en Aragón. Aquellas irregulares columnas no necesitaban táctica ni preparación militar para arremeter contra los profesionales de la guerra y cada paso suyo aseguraba una derrota del enemigo. Concentró en él, Durruti, desde entonces, la atención de todos los antifascistas y de ahí que cuando los mercenarios marroquíes y del Tercio que mandaban Varela y Yagüe se acercaban a Madrid, todos las miradas se volvieran hacia Durruti.

Sus triunfos por tierras aragonesas le habían creado un enorme prestigio. Y Durruti no estuvo sordo a esta llamada apremiante de la capital de España. Vino y el enemigo vio frustrados sus intentos de apoderarse de la ciudad. Los soldados de Durruti, que no eran más que soldados de la libertad y que habían dejado sus lugares de trabajo para empuñar las armas, clavaron al enemigo en la Ciudad Universitaria. De allí no pudo salir. En aquel lugar se dieron las batallas más duras y sangrientas de aquellos días zozobranes e infortunados dramáticos y Madrid fué salvado a costa de la vida de Durruti. Termina el hombre y comienza el héroe.

Había dejado de ser Durruti el delincuente. Ya no era otra cosa sino una gloria nacional. Para la mayoría fué una revelación. Entonces empezó a comprenderse la grandeza de aquel espíritu, pronto al sacrificio y compañero inseparable del dolor. Su vida fué una epopeya en defensa de los oprimidos, de los esclavizados. No aspiró nunca ni quiso jamás otra cosa que redimir

Por eso en los crepúsculos, cuando empiezan a llegar las sombras que protegen las debilidades y las concupiscencias, la figura de Durruti, que al pueblo quiso perpetuar en cada esquina, toma extraños fulgores y con su mirada inquisitiva, que rompe negruras y desgarrar velos, vuelve a señalar el deber y apostrofa a cuantos ultrajan la memoria sagrada de todos los muertos.

Los amigos de Durruti remanaron ya en la barca de Caronte. Ya no le quedan apenas amigos de la vida, incapacitados para

sentir la sublime lección de su muerte. Pero ha formado la multitud, que se renueva permanentemente, de amigos de su idea redentora. Porque Durruti nunca creyó en mitos y se limitó a creer en los hombres y en los pueblos. Si no hubiera creído, no hubiera luchado. Si no hubiera luchado, no hubiera caído. Quiso luchar y supo morir. Recordando los pocos amigos de su vida, ya que no han de olvidarlo la esforzada legión de compañeros de ideal y los incontables amigos de su muerte.

Anselo PLAZA

DE LA "DELINCUENCIA", AL HEROISMO

Aunque parezca paradoja, puede afirmarse que España empezó a conocer a Durruti el mismo día en que las balas de los tiradores seagaron su vida ejemplar. Perdió entonces, el bravo luchador la existencia material; pero ganó otra: la perdurable, la eterna, la de los héroes, que sirven de guía y espejo a los demás hombres y que se ofrecen en todos los tiempos como un ideal inmarcescible.

España no conocía a Durruti, como tampoco conocía lo que eran las ideas que él encarnaba y el Movimiento a que estaba adscrito. Para los españoles de antes de julio de 1938, Durruti no era más que un agitador, un enemigo de la sociedad, un aventurero, un delincuente.

Como también eran los anarquistas, que los militantes de la C. N. T. y unos incultos, unos rebeldes, unos sistemáticos e incoercibles enemigos de cualquier orden establecido o que se pudiera establecer. Sobrevino el levantamiento militar y entonces se operó el fenómeno de que todos aquellos que eran tidados despectivamente como incontrolados, como "anarquistas", dando a esta denominación el significado peyorativo que viene rotando de pluma en pluma y saltando de boca en boca tradicionalmente, sin aguardar avisos ni consignas se lanzaron a la pelea y con su ímpetu indomable comenzaron a los sediciosos en Barcelona, en Madrid y luego, formados en columnas, fueron arrancando pedazos de tierra española en Aragón, en Andalucía y en el Norte al militarismo sublevado. Los "bandidos con carne" se habían trocado en soldados de la libertad.

Pero no es que se hubieran trocado así, de pronto. Es que lo fueron siempre. El secreto de sus luchas, de sus rebeldías, no era otro que el amor a la libertad que encendía sus corazones y formaba de ellos hogueras inextinguibles. Desde los Sindicatos, desde las encrucijadas o desde los talleres, ellos no hacían otra cosa que luchar por la libertad. Por eso cuando la rebelión militar puso en peligro de aplastar todas las libertades, tanto las pequeñas que la República había aportado, como las posibilidades de alcanzar otras mayores, los anarquistas y los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo supieron dónde estaba su sitio y cuál era su papel. No fué preciso que nadie les requiriera. No fué menos, ter que para ellos se tocara el rebato. Eran veteranos en la pelea y sabían que morir nada importaba cuando la muerte podía traer el triunfo de la Revolución.

Conseguida la victoria de Barcelona, apareció Durruti como un caudillo. Al frente de sus huestes, de "incontrolados" penetró en Aragón. Aquellas irregulares columnas no necesitaban táctica ni preparación militar para arremeter contra los profesionales de la guerra y cada paso suyo aseguraba una derrota del enemigo. Concentró en él, Durruti, desde entonces, la atención de todos los antifascistas y de ahí que cuando los mercenarios marroquíes y del Tercio que mandaban Varela y Yagüe se acercaban a Madrid, todos las miradas se volvieran hacia Durruti.

Sus triunfos por tierras aragonesas le habían creado un enorme prestigio. Y Durruti no estuvo sordo a esta llamada apremiante de la capital de España. Vino y el enemigo vio frustrados sus intentos de apoderarse de la ciudad. Los soldados de Durruti, que no eran más que soldados de la libertad y que habían dejado sus lugares de trabajo para empuñar las armas, clavaron al enemigo en la Ciudad Universitaria. De allí no pudo salir. En aquel lugar se dieron las batallas más duras y sangrientas de aquellos días zozobranes e infortunados dramáticos y Madrid fué salvado a costa de la vida de Durruti. Termina el hombre y comienza el héroe.

Había dejado de ser Durruti el delincuente. Ya no era otra cosa sino una gloria nacional. Para la mayoría fué una revelación. Entonces empezó a comprenderse la grandeza de aquel espíritu, pronto al sacrificio y compañero inseparable del dolor. Su vida fué una epopeya en defensa de los oprimidos, de los esclavizados. No aspiró nunca ni quiso jamás otra cosa que redimir

SIGNIFICACION SOCIAL DE DURRUTI ERA UN OBRERO ANARQUISTA

Por J. GARCIA PRADAS

Al frente de mi "Antifascismo proletario" hay una página que vale más que todas las que la siguen; y no sólo porque la llenan unos párrafos de Durruti, sino por lo que en los párrafos queda dicho para siempre. En ellos se revela un revolucionario de grandeza inusitada, de verbo sencillo y contundente, de generosidad sin límites, de agudísimo sentido proletario, de oposición cerrada y vigorosa a la corrupción y al partidismo. Durruti sentía y pensaba como nuestra clase trabajadora; como ella hablaba y combatía; como ella murió. El proletariado español, con sus arrogancias y sus congojas, con su decisión y sus altibajos geniales, con la sencillez que lo distingue en la epopeya, se veía representado en él. Por eso, aun antes de morir, Durruti aparecía ante sus ojos como el héroe por excelencia.

Y en este segundo aniversario de su muerte, cuando tanto se ha de hablar de sus hazañas, mientras otras plumas pretenden dibujar el friso heroico de su leyenda, la mía quiere recordar su significación revolucionaria; lo cual acaso sea muy conveniente, porque los grandes hombres parecen tener el triste sino de que se les persiga o se les injurie cuando vivos y de que los elogios de quienes no pudieron vencerlos falseen su historia cuando muertos... Se dice que Durruti era de todos, y, en efecto, era de todos los revolucionarios; de otra gente, ¡no! Y ahora, cuando en todas partes se habla de la revolución, quizá pudiéramos darnos por satisfechos con que el número de los auténticos revolucionarios ascendiese a la mitad del que había en julio de 1938.

Durruti decía: "Para triunfar es necesario sacrificarse". De su

sinceridad habla su muerte. Sacificado por el triunfo, ¿se atreverán a pronunciar su nombre los que de cualquier cargo quieren hacer granjería, los que se llaman antifascistas para mendrar, los que eluden el cumplimiento de los deberes de esta hora, los "nuevos ricos" de la situación, los que olvidan que llevamos más de dos años de lucha contra el privilegio y sus valedores? Los señores de la revolución, que no se sacrifican, sino que viven a costa del ajeno sacrificio, no pueden triunfar; y los antifascistas de bien, fieles a su pueblo y a su vergüenza, tienen que batallarlos para conseguir el triunfo; este triunfo colectivo, que sólo obtendremos a costa del sacrificio personal.

Y decía también Durruti, con la frase más alta y generosa que se ha pronunciado en la guerra: "Renunciamos a todo, excepto a la victoria". Frase cuya significación desearían desvirtuar todos cuantos, hasta en propósitos, están a cien codos por debajo de Durruti; frase cuyo sentido no puede captar quien no conoció al Héroe, ni sabe que su vida fué un yunque en el que, como martillos, las más audaces aventuras cantaban el himno de la revolución, la canción de fragua con que se enlambra la forja de una nueva sociedad. Una victoria social, plena y rotunda, de proletariado, soñaba Durruti. Removida a todo, absolutamente a todo, empezando por su vida, excepto a la revolución.

Desde la cumbre del sacrificio,

el deber y del anhelo revolucionario, ¡qué mequinos y ruines le parecían aquellos que, a impulsos de sus bajos apetitos, rezongando egoísmos y bajezas morales, hozaban en el fangal de la corrupción! Estaba, como todos los combatientes, como todos los que con conducta saben conceder un antifascismo parco en palabras, contra ellos; y se lo decía claramente: "Si pretendéis hacer de esta guerra una guerra vulgar, con todas sus aculeas de inmoralidad y desenfreno, nosotros os decimos que no estamos dispuestos a luchar. Si creéis que podemos consentir que la gasolina se derroche, que todos den la mano, que todas las noches Barcelona ofrezca el mismo espectáculo, os equivocois".

¿Razón de tal advertencia? No la busquéis únicamente en el contraste que hay entre el sacrificio por lo demás y el desfiladero de lo que a los demás pertenece, que Durruti calaba más hondo, y como luchador de acero forjado en rudos hechos, que no con bellas palabras, tenía en pocas de las declaraciones políticas y se aplicaba a la ponderación de las actitudes sociales. De aquí que completase de este modo su advertencia y su reto, a los señores de la revolución: "Os equivocois, porque mientras hay quien cree que el fascismo es Mela, o Franco, o Queipo, nosotros señalamos como fascista a todo el que derrocha o gasta aquello que es de la revolución".

Y, por si esto es poco para advertir el sentido moral y proletario que Durruti encontraba en

su política, yo os digo que nosotros consentiremos llevar adelante el propósito. Y estas frases, tan ligadas a las actitudes que más energía nos han hecho gastar en la retaguardia, dan a entender, como otras muchas que salieron de sus labios, que Durruti luchaba por la revolución social bajo una bandera de libertad. Era un obrero anarquista. Nada más. ¡Nada menos!



Pasión y muerte del Héroe

De Aragón vino Durruti; trajo a Madrid la victoria, que al pueblo se la anunciaron los galones de su gorra. De Aragón vino a Castilla, y en gesto de preñez heroica, se estrecharon fecundas las entrañas españolas: que Castilla y Aragón, como bravo y buena moza, cuando entremezclan su sangre le dan un Pueblo a la Historia.

De Aragón vino Durruti; vino a Madrid en su hora, que la Ciudad y el Coloso, muy desiguales en otras, en aquella se encontraron novio digno de tal novia. Bizarro el Titán venía, sin galas de ceremonia, y, ¡ay!, sin arcos de fiesta garrida estaba la Moza. Seguían al caballero, con banderas victoriosas, cuatro mil hombres curtidos por el aire de la gloria; y al acercarse a Madrid su leyenda, retadora, batía tambores de cielo para ahuyentar la derrota. Madrid le estaba esperando, que, frente a lujurias moras a orillas del Manzanares reñía batalla de honra.

—Madrid, que a tu voz acudí llamado por tu congoja; mi corazón te dará por trofeo de victoria. —Buenaventura Durruti: cuando otros me dejan sola, viniendo a salvarme, vienes a ser mi novio en mi boda. —Vengo, Madrid, a luchar, mientras la muerte te ronda de combatiente tan sólo deseo que me conozcas. —Buenaventura Durruti: cuando tantos me abandonan viniendo a ser mi adalid me obligas a ser tu novia.

Vino a luchar, y luchó con tal afán de victoria, que el frenesí del combate metió en la sangre a su tropa. —¡Durruti!—arengaba el jefe de cualquier centuria heroica, y al punto le respondían. —¡Durruti!—cien voces roncaban. —¡Durruti!—en grito de sangre clamaba la carne rota. —¡Durruti!—ej dinamitera cuando zambaba su bomba. Muros, tierra, fuego y plomo del Clímax a la Moncloa, con el grito de "¡Durruti!" pregonaban la victoria; pero, ¡ay!, que la tarde gris, ennegreciéndose toda, vivió en el pecho del Coloso florecer una amapola.

—Titán de Bujaralos, bronceo tu aires a gloria, medalla del heroísmo y espanto de la derrota, ¡no sabes que en toda España, en las trabajadoras, vienes en ti r.3 defensor patrocina nuestra boda! Buenaventura Durruti, caudillo tallado en roca, ¡no ves que te estoy mirando como a un novio la novia? En sus brazos—fiere y sangre la cabeza poderosa del Héroe contemplaba la Ciudad de la Victoria; y el Héroe le decía: —¿Qué te apena? ¿Qué te asom? Tengo en el pecho una flor [bravo] roja y negra, negra y roja; pólvora y sangre la flama, del mismo corazón flotan. Murmúrame lo que doy; mira, Madrid, cómo logras que, si en el tuyo no arraiga, no se seque en tu memoria...

PRADAS

EN LAS SIETE CONTRAOFENSIVAS

Los facciosos lanzaron en el Ebro 7.100.800 kilos de explosivos

BARCELONA, 18.—Según una estadística, la aviación enemiga, durante sus siete contraofensivas en el frente del Ebro, ha lanzado 7.100.800 kilos de explosivos.—FEBUS.

Solidaridad Internacional Antifascista (S. I. A.)

Se pone en conocimiento del público haber establecido en su domicilio, calle de Fernando el Santo, número 23, un negociado que se ocupa gratuitamente de los expedientes de la Subguardia del Ejército correspondientes a los muertos y desaparecidos en el frente.

Los días y horas de consulta son: lunes, miércoles y viernes, de seis a siete de la tarde.

Valentín DE PEDRO

DIA 20 DE NOVIEMBRE DE 1938

SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE

BUENAVENTURA DURRUTI

A las diez de la mañana, en un céntrico y amplio local de Madrid, grandioso acto necrológico a su memoria.

Organizado por la Comisión de Propaganda Confederal y Anarquista del Centro.

NOTA.—Las localidades para este acto pueden adquirirse en Reforma Agraria, 20, Comisión de Propaganda Confederal y Anarquista (Departamento de Actos Públicos).

EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE DURRUTI

Interesante emisión organizada por S. I. A.

Organizada por Solidaridad Internacional Antifascista se efectuó anoche una emisión extraordinaria, por Unión Radio, para exaltar la memoria de Durruti en el segundo aniversario de su muerte gloriosa.

Hablaron ante el micrófono María Luisa Gracia, en nombre de la S. I. A., y otros compañeros en representación de la Federación de Amigos de la Escuela y la Federación Local de la F. A. I. También intervino en este interesante acto nuestro compañero Valentín de Pedro, que, después de calificar la labor que realiza S. I. A. vinculándola a la memoria de quien mostró su solidaridad con el pueblo de la manera más alta, entregándole su vida, leyó las cuartillas que publicamos a continuación:

"Más que la vida, la muerte es la que nos muestra la verdadera fisonomía de cada uno de nosotros. Las dos—vida y muerte—traemos con nosotros al nacer: con la primera podemos engañarnos, porque son años de lucha entre la verdadera personalidad del hombre y la violenta coacción del medio en que se desarrolla; pero en el instante supremo en que la lucha acaba, ya no hay engaño posible: nuestro perfil se dibuja con sus líneas auténticas y definitivas.

Más que en la vida de Buenaventura Durruti, vemos en "su" muerte, la suya, surgir su personalidad, como si en ese instante se dispararan todas las sombras que la rodeaban para levantarse vestida de luz. Y esto ocurrió el día 20 de noviembre de 1938, en un trozo de tierra de la Ciudad Universitaria, tierra ya de Madrid, el Madrid que él vino a defender contra el fascismo.

En su vida azarosa, de lucha continua y de continuo riesgo, en defensa de sus ideales, se habían encontrado muchas veces con la muerte. Nunca temió mirarla cara a cara; jamás dejó de acudir a la cita donde ella le esperaba... Pero ninguna de aquellas que le salieron al paso a lo largo de sus días era la suya; "su" muerte estaba en Madrid, en aquellos días en que Madrid iba a decidirse la suerte de toda una Humanidad, en que se iba a hundir o a salvarse la dignidad del Mundo, y en que se salvó... Una muerte de gran héroe revolucionario, de paladín de la libertad.

Buenaventura Durruti murió en un momento en que su muerte importaba más para la defensa de la causa, a la cual había entregado su vida, que su vida misma. Importaba que el ejemplo de su heroísmo, simbolizado en su muerte, fructificase. Y sabido es que la flor debe morir, convirtiéndose en semilla, para que se reproduzca indefinidamente... Fué la semilla gloriosa de su muerte la que él dejó en la tierra que circunda Madrid, como en un surco ardiente, para que de ella surgiese el árbol del heroísmo, en cuya alta copa cantará ya eternamente el viento de la gloria.

Durruti vino a Madrid en busca de "su" muerte. Como todo gran héroe revolucionario, al reconocer la como suya fué a su encuentro sin vacilar. Su personalidad, rotas las ligaduras que le impedían alcanzar toda su talla, se mostró tal como era, en toda su grandeza—y en toda su pureza también—

Disposiciones del «Diario Oficial»

BARCELONA, 19 (3.30 t.).—El «Diario Oficial» del Ministerio de Fensa Nacional" inserta, entre otras, las siguientes circulares:

Confirmando en el cargo de comandante militar de Solsona al coronel de Infantería don Antonio Escobar y Zafroch.

Disponiendo que el teniente coronel de Milicias en campaña don Valentín González, "El Camarero", cese en el mando de la 46 División y pase destinado al cuadro eventual del Ejército del Ebro, Febus.

Sinagoga destruida en Bucarest

BUCAREST, 18.—Unos individuos del Partido fascista han destruido una sinagoga por medio de la dinamita. No ha habido víctimas por causa de la explosión, pero sí se originó un incendio de grandes proporciones, que hizo necesaria una intensa labor de los bomberos para evitar que se propagaran las llamas a los edificios inmediatos. —Fabra.

